

ABIGAIL DÍAZ DE CONCEPCIÓN, M. S.

*Catedrática Auxiliar de Psicología,
Universidad de Puerto Rico.*

LENGUAJE, PERSONALIDAD Y EL YO

A los fines de este trabajo, consideramos la personalidad como la totalidad de los sistemas de acción del individuo y, más adecuadamente aún, como la configuración que emerge de la constancia —definida estadísticamente— en el funcionamiento de estos sistemas de acción.

Los determinantes principales de la personalidad pueden dividirse en biológicos (relacionados con características físicas heredadas, predisposiciones innatas, etcétera) y socioculturales (aprendidos en situaciones sociales, vinculados a los valores, las prácticas y las expectativas del grupo social).

El lenguaje es el sistema convencional de comunicación simbólica que el individuo adquiere y utiliza en la interacción con otros seres humanos o grupos de seres humanos.

La adquisición de un idioma es el más compensador de los aprendizajes sociales.

La palabra sustituye la acción física burda. Es económica y rápida. Contrástese, por ejemplo, la energía que envuelve el gritar: “¡Oiga!” con la que requeriría alcanzar a un sujeto que ya va calle abajo a unas yardas de nosotros. Porque las palabras facilitan los tanteos simbólicos nos ahorramos múltiples intentos laboriosos.

La palabra es instrumento del pensamiento: ensancha las posibilidades de cognición y análisis, facilita la recordación y la proyección en el futuro.

El idioma moldea el pensamiento. Nuestra filosofía, nuestros conceptos han sido determinados en buena medida por el idioma que nos tocó hablar. Las palabras fijan canales y barreras al fluir de las ideas; encarrilan nuestras categorías; median nuestras percepciones.

En ánimo de ilustración, me atrevería a afirmar que un individuo de habla inglesa ve marcada diferencia entre las frutas que su lengua denomina *lemons* y *limes* respectivamente, mientras que para nosotros, los que hablamos español, se trata meramente de limones y de ahí que, de vernos en un país de habla inglesa, tendamos a usar los términos *limes* y *lemons* indistintamente. Esto es, con sus dos palabras el inglés crea dos categorías e induce a la percepción de diferencia, mientras que el español establece una categoría única con posibles variantes —limón, limoncillo— y predispone a notar más lo característico esencial.

El idioma se anuda a las experiencias emocionales de los seres humanos. Además de las denotaciones escuetas de los símbolos, adquirimos también sus connotaciones afectivas —las comunes y las particulares. Los matices íntimos de las palabras han de trazarse en última instancia a las experiencias personales, a condicionamientos específicos y al encuentro entre nuestro equipo biológico particular y las circunstancias singulares que han intervenido en nuestro desarrollo.

En suma, el idioma está unido indisolublemente a la acción, al pensamiento y al sentimiento del individuo. Es él, a la par, forjador e instrumento de la personalidad.

El habla se incorpora al ser individual, al concepto que uno tiene de sí mismo.

Mis hábitos de expresión: selección de palabras, mi sintaxis, mi estilo, mi voz, son productos míos y a la vez parte de mí. Entran ellos, consciente e inconscientemente, en el concepto que yo tengo de mí misma, así como su estilo, el “tempo” característico de su hablar, el timbre de su voz son para mí tanto una expresión como un símbolo de usted. Al efecto recuerdo el siguiente episodio que me describiera una venerada amiga nicaragüense:

Había salido ella muy niña de su país y no fué hasta pasados treinta años que pudo volver a su tierra y llegarse a su madrecita india ya vieja. Al encontrarse la anciana la rechazó desilusionada. “No, tú no eres Estercita; ella era más linda”. “Sí, madre”, afirmó la hija, “yo soy Estercita”. La anciana entonces la abrazó tiernamente. “Es tu voz; tú eres mi Estercita”. Y, según narra mi amiga, los treinta años fueron como un ayer.

El habla está erizada de señas que dan fe, entre otras cosas, del humor, la clase social, la educación, la nacionalidad, la región del locutor.

El *Pigmalión* de Bernard Shaw nos cuenta cómo el profesor Higgins deliberadamente altera el habla de una chica del pueblo con el fin de procurarle más altas valencias en las jerarquías de clase social. Al decir verdad, la transformación que dio éxito al plan del profesor de fonética no requirió únicamente que se eliminaran hasta las trazas del plebeyo acento “cockney” y se adquiriesen las muy apreciadas marcas de un inglés calcado en el de los puristas de la lengua y los ociosos de los salones elegantes; requirió otros aprendizajes que también afectaron la personalidad de la protagonista; no obstante, Shaw logra establecer convincentemente que en una sociedad como la inglesa la lengua es uno de los indicadores más tenidos en cuenta para situar a las personas en cuanto a clase, educación y cultura, y que no pueden producirse cambios en la misma

sin alterar el concepto propio del yo, sin producir cambios en la personalidad.

Es natural que sintamos apego tan especial por la forma de comunicación que aprendimos en el hogar; la hemos usado por tan largo tiempo y la asociamos con la imagen de la madre-dadora de vida, alimentos y amor. Freud nos señaló la fuerza formativa y la tenacidad de estas tempranas vivencias. No es, pues, fortuito el hecho de que en distintas regiones y en diversos idiomas se hable de la 'lengua materna': "müttersprache", "mother tongue", "langue maternelle", "lingua materna". Vernáculo quiere decir "nacido en la propia casa".

A través de los procesos de condicionamiento e identificación, el lenguaje se vuelve un símbolo de nuestra identidad, de nuestra personalidad, de nuestras filiaciones.

Todos los viajeros conocen la simpatía cordialísima que en tierras distantes nos acerca a quien súbitamente se ha trocado de extraño en hermano porque le escuchamos hablar "la lengua". En el extranjero nos movemos en la periferia de nuestras identificaciones y los nexos del idioma perduran hasta allí.

Algunas culturas destacan más que otras la expresión verbal y, dentro de determinadas culturas, algunas clases sociales fijan premios más altos por el manejo de vocabularios extensos, palabras raras y estilos elaborados.

Soy de parecer, que en el análisis y fomento de la aculturación, en general y de la enseñanza de idiomas, en particular, hasta psicólogos, pedagogos, y sociólogos, hemos fallado en ver con claridad cabal que en estas zonas no bregamos meramente con aprendizajes periféricos —al estilo de Higgins. Se trata de fenómenos mucho más profundos y complejos, ubicados en un ámbito en el cual podrán sernos guías de inestimable valor conceptos psicológicos tales como el concepto del yo, la complicación del ego, la identificación y el "grupo de referencia".

En relación con el proceso de adquisición de idiomas no vernáculos, apenas se ha estudiado la existencia y función de "mecanismos dinámicos inadvertidos", que diría Kurt Lewin.

Filón promete ser este concepto en la comprensión de los problemas lingüísticos de núcleos de inmigrantes y, más aún, de pueblos sojuzgados donde la nueva lengua llega con el conquistador.

Someto en forma esquemática algunas hipótesis que emanan de las consideraciones teóricas antes esbozadas:

1. El habla, cuando se la considera dentro del cuadro vital general del individuo, puede ser un índice sutil del *status* de la personalidad —de sus ajustes y desajustes.

Esto no es absolutamente nuevo. Jung alegó que las asociaciones de palabras, conjuntamente con silencios, bloques emocionales, etcétera, eran valiosísimas en la localización de complejos. Hace tiempo que sabemos que la tartamudez y otros defectos del habla pueden estar relacionadas con desajustes emocionales. Sanford y Fillmore sostienen que la conducta verbal puede arrojar luz sobre los modos que la persona tiene de encararse con la vida y proponen que se utilice el análisis del estilo lingüístico del individuo para determinar características de la personalidad.

2. Los individuos se resisten a renunciar al uso del vernáculo y a sus formas expresivas particulares. Una vez percibimos algo como parte de nuestra estructura egológica, nos apresamos a su defensa para salvar la integridad de nuestro ser.

Estudios de la personalidad demuestran cómo nos aferramos aún a rasgos negativos por temor a descabros psicológicos si los entregásemos. Renunciar a hábitos identificados con el *ego* equivale a hacernos ajenos a nosotros mismos. Como ya hemos sugerido, por razón de su relación con la constelación madre e hijo, el hogar y la temprana infancia, trabas que el psicoanálisis destaca como cruciales, es poderosísima la identificación del vernáculo con el yo. A los grupos les es más difícil que a los individuos limitar o descartar el uso del vernáculo, ya que las identificaciones entre unos individuos y otros y entre éstos y el grupo, dependen en gran parte de la comunicación. *Delibitar los nexos lingüísticos es atentar contra la cohesión del grupo.*

4. El vernáculo refuerza las identificaciones con el grupo más eficazmente que ningún otro idioma:

a) *Por su historia afectiva* (se le asocia con los padres, la familia y todos sus derivados —héroes, patria, etcétera).

b) *Porque se vuelve un símbolo del grupo*: En la misma forma que para el bebé la botella se convierte en señal de la satisfacción de su hambre, la lengua llega a ser promesa de aceptación de vinculación gregaria.

c) *Por su fuerza*: Los hábitos viejos están a la cabeza en la jerarquía de respuestas disponibles;

d) *Por su asequibilidad*: Se trata de un sistema de comunicación con el cual están todos familiarizados.

5. Los factores perceptivos juegan un papel significativo en facilitar o inhibir la aceptación de un idioma no vernáculo.

La resistencia psicológica a una lengua extranjera aumenta si se percibe ésta como:

a) una imposición;

b) un desplazamiento del vernáculo, lo cual equivaldría, según nuestras contenciones, a un asalto al ego;

c) una irrupción que amenaza una homogeneidad lingüística existente;

d) un idioma inferior al propio;

e) un símbolo de un grupo antagónico e inferior al propio.

Por lo contrario, las barreras psicológicas a una lengua extranjera disminuye si ésta se percibe como:

a) capaz de satisfacer necesidades prácticas;

b) una oportunidad que puede aceptarse voluntariamente para enriquecer la cultura propia y ensanchar el círculo de nuestras identificaciones hasta incluir gentes que consideramos como *iguales deseables*;

c) prometedora de homogeneidad y unificación (e. g.: el caso del inglés en el Hawaii y las Filipinas).

d) superior al vernáculo;

e) símbolo de o requisito de entrada a un "grupo de referencia", al cual se quiere pertenecer.

Al efecto, vale la pena señalar el caso de personas a las cuales se les ha hecho sentir avergonzadas de su idioma y de sus grupos de origen. Puede producirse en ellos el fenómeno que se ha evidenciado en niños negros que, habiendo interiorizado prejuicios de los que fueran objeto, en experimentos que todos conocemos, han preferido la muñeca blanca y señalado la negra como "fea y mala". ~~Sentimientos de inferioridad, nacidos de injustas situaciones sociales y políticas, pueden llevar al individuo al automenosprecio y a la sobreestimación de valores y símbolos de otros grupos poderosos.~~

5 — 6. Cuanto más integrado un sistema cultura, más capaz de resistir una invasión lingüística (e. g.: Puerto Rico).

7. La amenaza de la pérdida o merma de la lengua materna se verá como génesis de desequilibrios en la constelación vital e iniciará movimientos defensivos de la misma (e.g.: función del idioma en la supervivencia del pueblo hebreo).

En resumen, el vernáculo no es sólo un medio de comunicación y expresión, sino también un instrumento de afirmación propia, de enaltecimiento del *ego*, un modo de ser fieles al concepto que se tiene del ser individual y colectivo.